

Estados Unidos y el nuevo orden mundial

Zbigniew Brzezinski

El llamado "nuevo orden mundial" no será tal *strictu sensu*, sino más bien una etapa sin reglas de juego claras, inestable y peligrosa. En ese marco, es ya tópica la identificación de Estados Unidos como "única superpotencia" sobreviviente de la guerra fría. Dicha condición, que no obstante resultar relativa dada la fragmentación y disgregación de las relaciones internacionales, no deja de suponer una importante capacidad de influencia global, la cual debe manifestarse, ante todo, y en opinión de Brzezinski¹, en tres regiones: Europa, la zona de injerencia japonesa y el Medio Oriente.

LA FRASE "NUEVO ORDEN MUNDIAL" se ha convertido en objeto de debate generalizado y en blanco de la crítica intelectual. Hay dos comentaristas que se han destacado como participantes importantes en dicho debate. Uno de ellos es Henry Kissinger, para quien "la apreciación generalizada de que la guerra del Golfo ratificó a Estados Unidos como única superpotencia no corresponde al verdadero significado de ese conflicto. La guerra marcó un glorioso atardecer para el mundo de la guerra fría, y no un nuevo amanecer para el período del predominio estadounidense. Estados Unidos sigue siendo la nación más fuerte desde un punto de vista militar, pero la difusión de la tecnología y la reducción de los presupuestos militares hacen que esta ventaja esté declinando^{1A}".

El otro es James Schlesinger, quien ha escrito que: "Si bien es probable que el mundo posterior a la guerra fría sea un lugar mucho menos peligroso, debido a la reducción de los riesgos de una explosión cataclísmica, también es probable que sea más inestable. La administración Bush ha acuñado la frase un 'nuevo orden mundial'. Si ésta significa que el orden mundial ha sido drásticamente alterado con respecto a las estrictas divisiones de la guerra fría, entonces es correcta. Pero si significa que ese orden será nuevo y estará marcado por una nueva estabilidad, entonces es sin duda una afirmación utópica. El orden mundial del futuro revertirá en el que existió antes de 1939 y, con más exactitud, en el posterior a la Primera Guerra Mundial: estará marcado por la política de las potencias, las rivalidades nacionales y las tensiones étnicas"².

Ambos señalan puntos válidos e importantes. Es correcto enfatizar en la condición de superpotencia de Estados Unidos en el mundo posterior

III TRIMESTRE 1992

a la guerra fría, pero al mismo tiempo hay que apuntar también las limitaciones de tal condición. Es igualmente correcto enfatizar en la posibilidad de que lo que siga a la guerra fría sea aún más inestable y peligroso que la misma guerra fría.

Pero en la evaluación de las limitaciones al poderío norteamericano, que son bastante significativas, debemos también tener en cuenta la probabilidad de que el papel de Estados Unidos en el mundo sea más importante que el de cualquier otro país para determinar si las relaciones internacionales son cada vez más ordenadas o si, por el contrario, se hunden en un creciente desorden. Y en la evaluación de los peligros hacia el futuro es importante reconocer que la posibilidad de que haya más conflictos depende mucho de lo que Estados Unidos haga o deje de hacer con respecto a los problemas políticos específicos existentes. Así, el "nuevo orden mundial" está sujeto en muy buena medida a las decisiones que este país adopte, así como al liderazgo que ejerza.

El futuro del orden mundial dependerá de la resolución de los problemas básicos en tres regiones importantes en donde la estabilidad está todavía por alcanzarse. En la definición de la agenda geoestratégica en emergencia es útil tomar como base el mapa mundial y luego trazar una línea recta que vaya de Bruselas a Tokio, de Tokio a El Cairo, y de aquí nuevamente hasta Bruselas. En los vértices de este triángulo se encuentran las zonas geoestratégicas claves, cuyos eventos moldearán el orden global a un nivel más amplio. Después de todo, este triángulo abarca Europa, el Lejano y el Medio Oriente. Dentro de cada región hay objetivos locales importantes que están en vías de realización. El éxito de los esfuerzos para alcanzarlos produciría frutos a nivel internacional, en tanto que su fracaso podría ser determinante, tanto de la crisis como de la calamidad. En cada región el logro de los objetivos requiere del compromiso y liderazgo de Estados Unidos.

Bruselas y el proyecto europeo

BRUSELAS ES, POR SUPUESTO, un símbolo del futuro de Europa, que se encuentra hoy en día en una etapa definitiva de su proceso de unificación. No existe ninguna duda sobre a dónde se dirige la dimensión económica de dicho proceso. Las barreras económicas que aún subsisten en Europa vienen siendo derribadas, y el proceso continuará removiendo cualquier obstáculo que pueda aparecer. Pero, ¿el proyecto europeo se desarrollará también en los campos político y militar? ¿Sería ello deseable desde el punto de vista del orden internacional? ¿Qué papel desempeña Estados Unidos a este respecto? No hay ningún precedente histórico que sugiera que la unificación de Europa pueda confinarse solamente a la dimensión económica. Para que sea más real y significativa, tal unificación debe extenderse al do-

1 / *The Washington Quarterly*, primavera de 1992.

1A / Henry Kissinger, "What Kind of New World Order?" *Washington Post*, diciembre 3, 1991, p. A-21.

2 / James Schlesinger, "New Instabilities, New Priorities" *Foreign Policy*, No. 85 (Invierno 1991-92), p. 4.

minio político y eventualmente al militar. De hecho, éste es un proceso que está en curso. La cumbre de Maastricht representó un hito importante en la emergencia progresiva de Europa, así como un indicador del camino por delante. Se logró algún progreso con base en el compromiso, se superaron algunos de los obstáculos que parecían insalvables y se llegó a un acuerdo que resultó ser aceptable para todos. Resulta lógico esperar que este continúe operando en el futuro, pese a que Europa está conformada por un complejo de Estados soberanos con diferentes tradiciones y orientaciones históricas, por lo que son inevitables las objeciones y obstrucciones a lo largo del camino. En un futuro cercano este continente no hablará todavía con una sola voz política, ni utilizará coherentemente su fuerza militar. Pero es claro que la tendencia secular hacia una extendida cooperación económica, tanto en profundidad como en alcance, es equiparada cada vez más por una creciente cooperación política y militar.

Una Europa completamente unida no sobrevendrá muy rápidamente, pero cuando así suceda la causa del orden internacional se verá favorecida. Una Europa más unida representará un logro importante hacia la obtención de un mundo más estable. La unidad contribuirá a terminar con los tradicionales conflictos de poder intraeuropeos, que han sido tan destructivos históricamente. Ello lo logrará en especial al colocar firmemente a Alemania dentro de la comunidad internacional. La unidad europea puede también proporcionar el punto de partida para dar una respuesta más efectiva a las dificultades que se insinúan en el mundo poscomunista, particularmente en Europa Central. Sólo una Europa más unida puede generar el contexto en el que puedan desarrollarse con éxito las muy difíciles transformaciones sociopolíticas que tienen lugar en Europa Central.

Por ello, desde el punto de vista de Estados Unidos, lo que suceda en Europa cuenta mucho. La influencia por parte de Washington puede tener alguna importancia en la rapidez con la que este continente se mueva hacia la unidad. Unas políticas mal concebidas podrían impedir la verdadera integración europea. Por lo tanto, Estados Unidos no debe sentir temor a emitir sus opiniones cuando se adoptan decisiones difíciles. En el momento, el país debe señalar con claridad su apoyo al enfoque franco-alemán sobre el futuro de Europa. Este enfoque es el más sensato a largo término, por cuanto tiene mayor viabilidad que los demás en cuanto a la creación de estructuras que logren sobreponerse a los conflictos históricos. También garantizaría la sólida incorporación e integración de Alemania. Más aún, haría que Europa se convirtiera en un actor más fuerte y constructivo de la escena mundial. Esta es una decisión que Estados Unidos puede adoptar, y su participación resulta importante.

Tokio, el Lejano Oriente y la seguridad regional

EL VERTICE QUE ESTA MAS hacia el Este del triángulo representa la creciente importancia internacional del Lejano Oriente, con Japón a la cabeza. Esto se ha convertido en una prerogativa. Pese a la nueva prominencia de Asia del Este, pocos analistas han reconocido el patrón de las relaciones in-

ternacionales que está emergiendo dentro de la región. Se aprecia allí el surgimiento de un grupo de Estados independientes cada vez más poderosos, que no se encuentran asimilados dentro de una estructura multilateral de cooperación política, militar o siquiera económica. En muchos sentidos, el escenario que emerge en el Lejano Oriente evoca la política internacional tradicional; en especial algunos aspectos de la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial e incluso a la Primera: una coexistencia difícil y la posibilidad de conflicto entre naciones-Estados individuales y cada vez más poderosas.

Es difícil no apreciar el nuevo poder de los Estados individuales. El éxito económico de Japón también le está proporcionando algún tipo de poder político. Incluso su poderío militar ya no es despreciable: es el cuarto en el mundo, y su capacidad militar continuará en expansión.

Pero Japón no es la única potencia del Lejano Oriente. China está apareciendo en la escena y es casi una certidumbre que durante la próxima década el país se proyectará hacia el exterior. Su crecimiento económico es notorio. Su Producto Nacional Bruto (PNB) crece actualmente en un promedio anual del 6 por ciento y la cifra puede ascender hasta el 9 por ciento en el futuro próximo. Por lo tanto, China está destinada a hacer sentir cada vez más su peso. Una manifestación temprana de esta tendencia son sus ventas de armas a lugares como el Medio Oriente y el norte de África. Es probable que crezcan tanto la autoafirmación como la ambición chinas.

Las predilecciones políticas del actual liderazgo chino son tan sólo un obstáculo parcial para que el país desempeñe un papel más prominente. Es probable que su congelamiento político se vea socavado durante los próximos tres a cinco años, en la medida en que el viejo régimen se desvanece de la escena. Una vez que desaparezca la gerontocracia, el conflicto entre una economía crecientemente orientada hacia el mercado, en particular en la región costanera, y las restricciones políticas, en especial de tipo ideológico, llegará a su culminación. Esto llevará a una cierta moderación, pero probablemente no a un rápido progreso hacia la democracia. Resulta más factible en cambio el surgimiento de un régimen autoritario, similar en sus aspectos políticos y económicos esenciales al de los primeros días de Taiwan y Corea del Sur.

Corea, por su parte, bien puede unificarse en el curso de la próxima década. Al hacerlo podría emerger también como una potencia nuclear. Esto tendría un fuerte impacto sobre Japón, pues haría más complicada la relación de este país con China y con cualquier fenómeno que sobrevenga del Lejano Oriente ex soviético.

Más hacia el occidente se encuentra, por supuesto, la India, con su poderío nuclear y sus aspiraciones hegemónicas.

Por ello, para Estados Unidos el asunto fundamental es determinar qué tipo de estructura de seguridad multilateral es posible desarrollar en el Lejano Oriente. ¿Qué debe hacerse para garantizar que la región no repita los conflictos de poder que predominaron en Europa en el curso del siglo XX? También aquí el papel de Estados Unidos será importante, no como potencia imponente y dominante, sino como un participante decisivo y ca-

talizador en un proceso que bien puede contribuir a la emergencia de un nuevo diálogo multilateral y posteriormente de una estructura de seguridad, también multilateral, en la región. Tal estructura es realmente necesaria. La estrategia estadounidense debe prever dicha necesidad, adoptando iniciativas frente a cuestiones tales como la seguridad de la península de Corea, entre otras.

En síntesis, no pueden ignorarse los retos relativos al futuro orden y desorden, tanto en el Lejano Oriente como en Europa. En ambas regiones se necesita claramente un proceso constructivo que lleve a la creación de nuevas estructuras. Seguramente los rasgos específicos de tales estructuras deben variar significativamente de una región a la otra. Es probable que, al menos en un futuro cercano, el Lejano Oriente no experimente algo semejante al nivel de integración económica y política que se evidencia en Europa. En aquella región, por lo pronto, lo definitivo es la agenda de seguridad.

Los esfuerzos encaminados a diseñar y desarrollar una estructura multilateral de seguridad y cooperación en Asia del Este contarán con la colaboración de Estados Unidos. La preeminencia del poderío estadounidense le proporciona una influencia significativa en una parte del mundo en donde existe mucha preocupación por las fuentes locales de inestabilidad y por las crisis internacionales potenciales. Parece existir un consenso generalizado en torno al riesgo de que la emergencia de potencias independientes en la región puede ocasionar conflictos, a menos de que ahora se emprendan esfuerzos tendientes a crear algún tipo de estructura.

El Cairo, el Medio Oriente y la paz

EL TERCER VERTICE DEL TRIANGULO. El Cairo, simboliza no sólo la importancia del Medio Oriente, sino también los problemas apremiantes que esta región confronta. También en este caso es probable que el papel de Estados Unidos sea definitivo.

Por primera vez en la historia moderna el Medio Oriente no es objeto de una fuerte competencia entre las potencias, trátase de Turquía y Rusia, Gran Bretaña y Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña, o de Estados Unidos y la Unión Soviética, en las décadas más recientes. El Medio Oriente se encuentra hoy en día sujeto a la dominación de una sola potencia: Estados Unidos. Este fue el resultado de la guerra del Golfo Pérsico. También es la consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética, que hoy en día desempeña sólo un papel de apoyo a la política estadounidense en la región. De esa forma, se presenta una oportunidad sin precedentes de avanzar hacia un cierto grado de estabilidad en el Medio Oriente. De nuevo la influencia de Washington será decisiva, especialmente con respecto a dos asuntos importantes: la proliferación de armas y la paz.

La diseminación de armamento de alta destructividad en la región ha surgido como un agudo desafío político internacional. Es un asunto que pesa sobre las relaciones de Estados Unidos con muchos países de la región. Mirando hacia el futuro, es probable que los intereses de Irán con respecto al armamento nuclear lleguen a ser tan importantes para Washington como

lo fueron los de Irak durante el año pasado. Es claro que se necesitan iniciativas para afrontar este problema. Tales iniciativas deben ser regionales, por cuanto no pueden ser impuestas desde fuera. Deben apuntar hacia el problema sobre una base comprensiva, teniendo en cuenta también la realidad del armamento nuclear de Israel, si es que se trata de adoptar algún régimen de autolimitación en la región.

Un asunto aún más inmediato es el papel de Estados Unidos en el proceso de paz. No podrían concebirse circunstancias más propicias para avanzar hacia la paz entre los árabes y los israelíes que las que prevalecen actualmente.

Por primera vez desde la crisis del Suez, a mediados de la década del 50, los árabes no tienen, subjetiva y objetivamente, a quién recurrir aparte de Estados Unidos. Simplemente, si no hay un movimiento hacia la paz, ellos no tienen otra alternativa que la de aceptar la realidad de la preponderancia estadounidense y del predominio político y militar de Israel, respaldado por Washington.

En lo que respecta a los israelíes, las circunstancias económicas, sumadas a la inmigración a gran escala desde la Unión Soviética, hacen que su país se vuelva más dependiente que nunca con respecto al apoyo político y financiero de Estados Unidos. El gobierno del Likud siempre pareció inclinarse más a repetir lo que los árabes hicieron antes que ellos: "nunca perder una oportunidad para perder una oportunidad" (para citar a Abba Eban). Así, se aisló internacionalmente, socavando el apoyo de la opinión pública de Estados Unidos hacia su país. Un apoyo doméstico debilitado hacia Israel se traduce, por supuesto, en una mayor influencia de Washington*.

Puede afirmarse, entonces, que las dos partes del conflicto son altamente susceptibles a la influencia de Estados Unidos. No ejercerla sería un error muy grave. La oportunidad para lograr la paz podría desaparecer de un momento para otro dejando a la región nuevamente sumida en un conflicto intenso y generalizado, con consecuencias muy destructivas. Sin la presión y el liderazgo de Estados Unidos las partes del conflicto nunca llegarán a un acuerdo por sí mismas. La noción de que con las negociaciones cara a cara se podría de alguna manera resolver el problema tiene mucho de milagrosa o de evasiva, o, probablemente, un poco de ambas, dependiendo de quién sea el que la defiende.

La crisis del poscomunismo

COMO HEMOS VISTO, EUROPA, el Lejano y el Medio Oriente constituyen los tres vértices de un triángulo global en el que una intervención constructiva de Estados Unidos puede determinar la forma que adopte el futuro. Pero nos queda todavía por analizar el área que encierran los diferentes lados del triángulo: el mundo poscomunista.

* / Nota del editor: En las elecciones del pasado mes de junio el Partido Laborista derrotó al Likud, e Isaac Rabin fue elegido primer ministro. Desde entonces, la posición israelí, de cara a las negociaciones de paz, se ha flexibilizado sensiblemente.

Debe tenerse en cuenta el hecho mismo de la desaparición de la Unión Soviética. No es posible recordar otro caso histórico en el que se haya presentado un colapso sociopolítico tan masivo como el experimentado por el sistema soviético. Es un derrumbe completo y simultáneo del sistema económico y político, en el que no existe la más leve esperanza de redención. En ese sentido, no puede establecerse una analogía con la "gran depresión" en la que se sumieron Estados Unidos y el sistema capitalista a finales de los años 20 y comienzos de los 30. El derrumbe de las instituciones políticas y económicas de la antigua Unión Soviética está acompañado por el hundimiento de la voluntad, de la perspectiva y de la fe.

Nadie debe lamentar la muerte de la Unión Soviética. Pero debemos estar alerta frente a sus consecuencias. El derrumbamiento ha creado un vacío con consecuencias que potencialmente pueden ser muy peligrosas. También ha generado una situación que convoca a una respuesta por parte de Occidente. Este debe actuar para conjurar los peligros inmediatos; pero debe hacerlo de manera que el fracaso del comunismo no revierta en la crisis de la democracia. El fracaso del comunismo está directa y orgánicamente ligado a la gran contienda filosófica y estratégica que se desarrolló durante los últimos cuarenta años, y su derrota abre las puertas al triunfo eventual de la democracia. Pero si ello no sucede, las perspectivas son de que sobrevenga o bien el caos o bien algún intento de establecer una forma diferente de orden basado en el nacionalismo o en el cripto-fascismo.

Hoy en día la otrora Unión Soviética está literalmente al filo de la navaja. Hay un sentimiento palpable de desesperanza, incertidumbre, miedo, resignación y, en algunos casos, de falta de comprensión de lo que está sucediendo. En diciembre de 1991 se disiparon rápidamente las ilusiones de Gorbachov en torno a la preservación de algún tipo de unión. La pregunta es qué vendrá después. En este punto debemos ser muy cuidadosos para no transgredir los límites entre el análisis, el pronóstico y la simple profecía. Esta última se ha generalizado mucho en estos días y resulta algo fatua. Por el contrario, con el análisis y el pronóstico cuidadosos pueden identificarse las posibles opciones. La más probable y obvia de éstas es el caos generalizado, la decadencia continua, la disolución de las estructuras existentes, quizá sin ninguna posibilidad de recuperación durante mucho tiempo. Tal es la conclusión optimista. La más pesimista tiene que ver con diversidad de fuerzas, el rompimiento del orden y un conflicto sociopolítico caótico en ascenso.

Un elemento clave son las antiguas fuerzas militares soviéticas. Su control se encuentra hoy en día en disputa. La mayoría de los comentaristas occidentales han enfatizado la necesidad de establecer una reglamentación efectiva sobre el sistema nuclear. Pero esto ha sido solamente una distracción con respecto al asunto principal: el derrumbe de autoridad en el ejército convencional, que fue una consecuencia necesaria del proceso de devolución del poder central a las repúblicas.

Las nuevas instituciones políticas y económicas de Europa Central quedaron particularmente vulnerables con la desintegración de la Unión So-

viética. El progreso económico y político de estos países afronta cada vez mayores dificultades, en momentos en que Occidente no le presta la debida atención. Así, éste bien puede confrontar en un futuro cercano la penosa realidad de que su victoria sobre el comunismo no haya producido un genuino éxito para las instituciones democráticas y el mercado libre, sino que más bien esté hundiendo a una enorme porción del corazón euroasiático en una crisis cada vez más intensa, cuyas consecuencias en lo esencial son imprevisibles.

Esto nos lleva a otro punto de la agenda de Occidente, y en particular de Estados Unidos. Resulta imperativo crear en algún lugar un exitoso modelo conceptual y práctico de la transición del comunismo hacia la democracia y el sistema de mercado libre. De ello no existen precedentes, modelos, ni incluso conceptos. Los únicos lugares en donde esto podría realizarse en el momento son Hungría, Polonia y Checoslovaquia. Así, en la medida en que afronta la crisis de la antigua Unión Soviética, Occidente no debe desistir de asegurar que algunos de estos países, o todos ellos, realicen acertada y rápidamente la transición. Un modelo exitoso será un logro fundamental. Si estos tres países fracasaran, la comunidad internacional no estaría en capacidad de afrontar los problemas estructurales y orgánicos que surjan a largo plazo, aunque se lograra a corto plazo mantener a flote algunas de las antiguas repúblicas soviéticas. Por ello, además de atender a las regiones y repúblicas, Estados Unidos debe concentrarse mucho más en la creación efectiva de un modelo exitoso de transición, que se convertirá entonces en un paradigma para los demás.

Estados Unidos no ha hecho lo suficiente para orientar estos eventos hacia los resultados deseados. Las razones no son difíciles de entender. En parte, se trata de un problema de atención desenfocada: durante todo el año 91 Washington siguió hipnotizado con la idea de que continuaba enfrentando al centro cada vez más mítico en que se convirtió la Unión Soviética. Pero también existe una complicación de tipo práctico para Occidente: durante los dos últimos años ha transferido entre 8 y 12 mil millones de dólares a la economía de la antigua Unión Soviética, en la forma de préstamos, donaciones, empresas conjuntas y ayuda filantrópica, cantidad de la que ha desaparecido hasta el último centavo. Nadie parece estar en capacidad de responder por ello. Este, que debe ser el robo más grande de la historia financiera, es un episodio que causa consternación. La mayor parte de la ayuda proporcionada a la antigua Unión Soviética no sólo se ha desperdiciado sino que una élite política corrupta y en declinación se ha apoderado de ella. Hasta el año pasado Occidente le había proporcionado ayuda a las personas equivocadas, en lugar de establecer relaciones con nuevas estructuras gubernamentales en las antiguas repúblicas.

Un compromiso más significativo de ayuda a largo término por parte de Occidente, y en especial de Estados Unidos, a las entidades poscomunistas de Europa Central y de la antigua Unión Soviética, sólo tendría resultados si el costo de abstenerse de actuar se volviera evidente. Si la transición soviética lleva a un derrumbe y a un conflicto generalizados, con consecuencias sociales y políticas masivas a lo largo de las antiguas repúblicas y de

Europa Central, los costos para Estados Unidos en términos del presupuesto militar y de la inseguridad global serían mucho mayores que aquellos en que podría incurrir ahora si tan solo se esforzara un poquito más.

Lo mismo es válido para la Comunidad Económica, ciertamente. Por supuesto que hay algunas medidas que pueden adoptarse, que no necesariamente requieren de transferencia de fondos pero que ayudarían a que las economías de aquellos países ex comunistas crecieran, tales como bajar las tarifas a las exportaciones provenientes de ellos. A manera de ejemplo, si Estados Unidos está comprometido con el éxito de los antiguos Estados comunistas en la misma medida en que lo ha estado con el éxito del mundo en desarrollo, deben encontrarse algunos incentivos para generar un crecimiento motivado por el comercio a la manera de los países de reciente industrialización en Asia. Esto requiere de ajustes en las políticas comerciales tanto de Estados Unidos como de la Comunidad Europea, que es algo a lo cual ambos se han mostrado reticentes.

Por supuesto que ni Estados Unidos ni Europa permanecieron de brazos cruzados mientras se derrumbó el imperio soviético. Pero ninguno de los dos ha asumido la tarea con la urgencia que impone la magnitud histórica real, no sólo de la oportunidad sino de la amenaza. El paso torpe de los esfuerzos occidentales sólo se enderezará con la dinámica en proceso de aceleración que brota de la antigua Unión Soviética. El tiempo es cada vez más reducido y el asunto se vuelve cada vez más apremiante. Esta situación requiere de una iniciativa por parte de Estados Unidos, en coordinación con los socios europeos y japoneses y con las instituciones multilaterales.

¿Orden o desorden? El liderazgo de Estados Unidos

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL AUN no pende sobre nuestras cabezas. Un genuino orden mundial puede tardar décadas en desarrollarse. Mirado en una perspectiva histórica de largo plazo, el mundo parece estarse moviendo hacia un orden más supranacional. Pero moverse de una fase histórica a otra no es como emprender un salto, sino es más bien un proceso evolutivo. Los elementos del pasado coexisten con los nuevos. El sistema internacional de los años 90 es muy diferente de lo que fue a finales de los 30, en parte debido a la tecnología y en parte porque las percepciones han cambiado, por lo que debe preverse un remodelamiento continuo de dicho sistema. Ciertamente, es probable que dentro de cuarenta años éste sea más supranacional e interdependiente de lo que es hoy, si bien muchos de los elementos de la soberanía estatal continuarán existiendo en diferentes partes del mundo.

Entre tanto, el orden mundial requiere no sólo del compromiso de Estados Unidos, sino de su liderazgo. Su influencia, paciencia, poderío y relativa riqueza serán factores fundamentales para el progreso hacia el orden o la caída en el desorden en cada una de las regiones del globo donde sigue habiendo asuntos por resolver. En Europa, Asia y el Medio Oriente el liderazgo estadounidense debe adoptar nuevas formas. Pero al reconocer la importancia de los tres vértices del triángulo, los líderes estadounidenses deben entender también los riesgos que representa un desorden de carácter